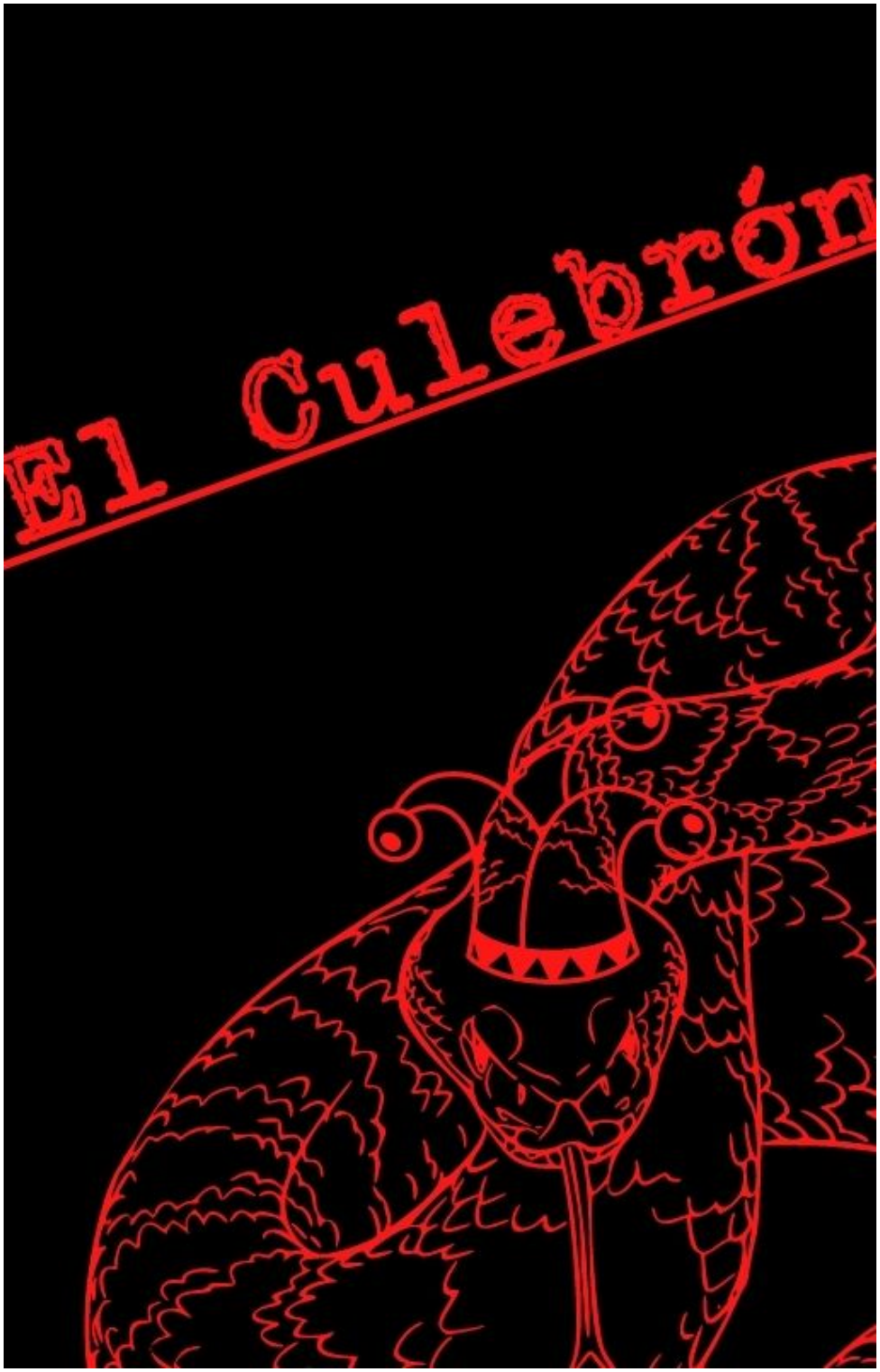
El Culebrón

Madison



Capítulo 1

1.

Cuando tenía ocho años el Diablo se apareció en mi población y mató a uno de mis amigos. Lo vimos en la quebrada, entre las sombras del Culebrón. Fue un día en que jugábamos a tirarnos poderes por unas varitas mágicas que hicimos pintando la punta de una rama. Uno de mis amigos llegó con ese jueguito y nos dijo que a cada uno de nosotros –que éramos cuatro- nos correspondía un elemento en particular. Aunque antes nos dijo que el elemento no lo podíamos elegir nosotros, que ya nos lo había sido otorgado según de acuerdo a no sé qué cosa. A mí por mi parte me dio el elemento de agua, que no me gustó para nada. Encontré tonto eso de que no podíamos elegirlo nosotros, no tenía sentido y lo vi tramposo. Pensé que me había dado el elemento más débil para ganarme fácilmente en los combates que tendríamos y por tanto no lo acepté, les dije que repartiéramos de verdad, que no se valía de esa forma. Me contestaron sin embargo, y unánimemente que no, que el elemento ya había sido dado. Me enojé y les respondí entonces que no jugaba, que de esa manera no se podía, y sin tanto más alboroto me fui a mi casa. Me trataron de convencer de que el agua era un elemento muy poderoso, capaz de controlar el mar y lanzar fuertes marejadas, pero yo no lo vi así, no iba a jugar de esa manera tramposa, teníamos que repartir como se debía.

Me entré a mi casa muy irritado, herido en mi orgullo porque no me hicieron caso y prefirieron aceptar esa regla sin sentido que impuso mi amigo. Estaba sentado en el sillón a un lado del de mi abuela viendo con ella su novela venezolana que daban por la tele. Era desesperante. Sentía que la silla me amarraba con un peso encima que impedía moverme. El tiempo se me volvió pesado y lento, y en un momento vi solamente la estática de la tele entre medio de la oscuridad. El chirrido que producía me encerró más y más en un pequeño cuadrado, apretándome. Iba a explotar. Pero antes por suerte la tele se fue justo a comerciales y un relámpago iluminó de amarillo la pantalla. Fue un comercial de Pokemón. De repente la electricidad me dominó el cuerpo en una descarga y en mi cabeza apareció como elemento; sentí que su poder me poseía. Me vi de pronto libre, electrizado, furioso, e inmediatamente salí corriendo a la calle gritando que mi nuevo elemento era la electricidad, que mi nuevo color era el amarillo.

Mis amigos se detuvieron y me quedaron mirando sin saber reaccionar. Quedaron atónitos por lo excitado que yo estaba, por cómo yo saltaba igual que un monito mientras agitaba mi nueva varita de electricidad. La energía me brotaba por todos lados y tenía unas ganas terribles de expulsarla en un poder con mi varita. Los quedé mirando por un momento y luego los reté a que fueran contra mí. Me sentía poderoso, fanfarrón,

capaz de ganarles fácilmente. Pero nadie reaccionó, nadie quiso enfrentarse a mí. Mi amigo de fuego me miraba con cara apretada y nerviosa, tenía miedo, y terminó por decirme que yo no podía utilizar ese elemento porque no me correspondía, mi elemento era el de agua y no se podía cambiar. Yo me reí, ¿no fue él acaso quien llegó siendo ya el de fuego sin consultarle a nadie? Mis otros dos amigos también dijeron que a mí no me correspondía, que el mío era el de agua. Era envidia, se notaba, ellos también querían el elemento ya que era muy poderoso. Les dije que vinieran a quitármelo a la fuerza si no querían que lo utilizara. Pero nuevamente nadie quiso pelear. En cambio pensaron en una cobardía: mi amigo de aire dio la idea de disputarlo en un torneo. Me reí de nuevo. Estaba claro que yo no iba a ceder mi elemento en esa estupidez, en esa nueva trampa sin sentido; aunque la confianza que tenía en ganarles me hizo querer combatir. Sin embargo fui tonto al aceptar, ya que me dijeron que tendría que ocupar el elemento del agua para combatir, la electricidad era el trofeo.

Fuimos a la quebrada, al Culebrón. Bajamos por el camino de la loma acostumbrado, la cual siempre nos botaba por lo resbaladiza y cortada que era, aunque esta vez no nos dimos ni cuenta cuando llegamos a la planicie, estábamos tan emocionados de combatir entre nosotros que se nos olvidó por completo el paisaje. Avanzamos entre los enormes árboles de veinte metros de altura y nos adentramos bien profundo, hasta el humedal. Íbamos hacia donde nunca habíamos llegado, a una zona casi prohibida. No se veía ninguna casa, apenas alguna que otra muralla con un hueco de ventana por allí y por allá; algunas cercas sin alambre, restos de casonas destruidas, cementerio de fincas. Ya las paredes de la quebrada nos encerraban en la oscuridad y nos tapaba el sol que caía muy por detrás de los cerros. La sombra de los largos juncos del humedal se alargaban como colmillos afilados. Una higuera nos miraba. Desde unas rocas apiladas más arriba, desde una cueva, bajaba la cascada. Por allí descubrimos una entrada perfecta, un pequeño hueco donde dentro había una planicie dispuesta a servir de palestra. Entramos y mi amigo de tierra dibujó un círculo en el suelo que sería la arena de combate. De inmediato hicimos el sorteo con el cachipún y los primeros en salir a combatir fuimos mi amigo de aire y yo. En silencio entramos en la arena y nos posicionamos en cada extremo, frente a frente. A mí la altanería se me había ido y en cambio sentía el miedo y el pánico de las emociones del elemento de agua. De repente me dio miedo pelear, me tiritó la mandíbula. Me sentí débil y quise rendirme. Pero mi amigo de aire no me dio el tiempo y me atacó con una ráfaga de aire que lanzó desde la punta de su varita. Fue tan rápido que no me pude sostener y me botó de espalda. En eso se me subió encima y me dio un puñetazo en toda la mandíbula. Me soltó un diente de leche y me aturdió por un momento. Cuando volví a estar consciente vi en el aire a dos enormes pájaros que volaban a mí alrededor como aves de carroña. Chirriaban como la muerte.

Una de ellas me miró con sus ojos rojos y se me vino en picada, que por suerte logré esquivarla gracias al impulso que me generó el pánico. Vi en eso a mi amigo de aire con una cara de vencedor, con la de que él se quedaría con el elemento de la electricidad.

Como no sabía ocupar mi varita de agua, no supe cómo contraatacar. El miedo me bloqueó la mente y no se me ocurría qué poder o hechizo lanzarle. Solamente quería correr, escapar de ahí. La otra ave seguía en el aire y me observaba con sus ojos rojos, y aprovechó ese momento de incertidumbre para también irse en picada contra mí. El miedo me dominó. Apreté mi cuerpo. Me quedé congelado y acepté la derrota. Una serpiente de agua salió de repente del pantano y le rompió el pico al pájaro de un solo golpe. La explosión fue detonadora. El ave murió en el instante y dejó a la otra atónita, pero de inmediato ella la quiso vengar. Desde lo alto se fue en picada contra la serpiente y los dos monstruos se pelearon en una lucha tormentosa. Los relámpagos tronaron alrededor de un tornado que se formó producto de sus choques. Mi varita fue quien la invocó. Ella me dio energía y confianza, como también rencor. Aproveché el momento y me fui contra mi amigo de aire y le corté la respiración con un tacle. Caí encima y le golpee en la cara tantas veces fue necesario para sacarle el mismo diente que él me sacó, mientras que él trataba inútilmente de cubrirse el rostro. Lo quería matar, lo quería matar, lo iba a matar. De repente un rayo de la tormenta me cayó encima y el impacto me detuvo el tiempo. Quedé tieso, electrizado, mirando fijamente hacia el frente. Vi en eso a un hombre sentado en la higuera, vestido de payaso, como de bufón, disfrutando de nuestra pelea igual como un César en el coliseo. Me gritaba, me decía que peleara, me insultaba con que yo era debilucho, que me ganarían porque no tenía fuerzas, que no era digno de ser hombre. Entre sus dedos tenía la varita amarilla y jugaba con ella como incitándome a que fuera a quitársela, si es que podía. Yo me emputecí, ¡esa varita era mía! Pero apenas se la quise ir a quitar un golpe directo en la mandíbula me aturdió de nuevo. Mi amigo de aire había aprovechado el momento que ese hombre, el Diablo, le dio para distraerme. Yo caí a un lado, moribundo, aunque igual cayó mi amigo junto a mí después de ese golpe.

El tornado se difuminó y todo pasó a la calma. Mis otros dos amigos como que despabilaron y se dieron cuenta del horror que acababa de ocurrir. Vieron la sangre que nos brotaba tanto de la nariz como de la boca y se desesperaron, no supieron qué hacer. Quisieron salir en busca de ayuda con alguno de nuestros papás, con algún adulto, pero estaban tan lejos y la noche les caía negra que la tomaron de inmediato por mala idea. No tuvieron otra que subirnos al hombro y subir la cuesta empinada del Culebrón. Ya cuando llegaron al pasaje de nuestro barrio y gritaron ayuda, todo el pasaje salió a la calle a ver qué tanto alboroto. Nuestros papás apenas nos vieron pegaron sendo grito en el cielo. Mis amigos dieron la excusa de que fue un accidente, que nos caímos seriamente de un barranco. Nuestras abuelas dijeron que pusiéramos la cabeza hacia atrás

para detener la hemorragia. Me llevaron al baño y me detuvieron el sangrado. Mi mamá lloraba y mi papá aguantaba las ganas de golpearme por haber estado en una situación tan peligrosa. Ya luego de esto no me acuerdo de nada más, todo es negro, solo sé que no pasó a mayores y me dormí profundamente.

Después de que ocurrió todo esto y los ánimos se relajaron, a la mañana siguiente, bien temprano, cuando recién despuntaba el sol, mi amigo de fuego nos reunió urgentemente a los cuatro en la esquina del pasaje. Estaba nervioso y agitado. No había dormido en toda la noche. Nos obligó a que guardáramos el secreto y luego nos contó que el Diablo se apareció en la quebrada cuando nosotros estábamos en nuestras respectivas casas.